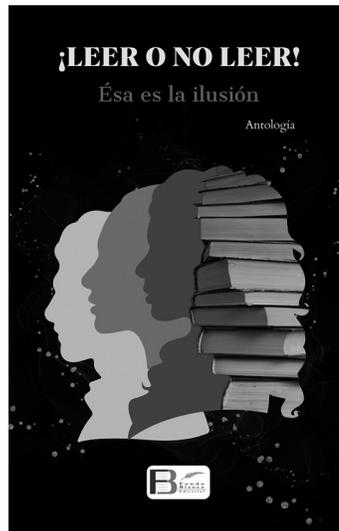


Biblioteca Universitaria, vol. 27, núm 1, enero-junio 2024, pp. 66-69.
DOI: <http://dx.doi.org/10.22201/dgbsdi.0187750xp.2024.1.1541>



ROSELY QUIJANO, CARLOS RENÉ PADILLA, CAMILO AYALA OCHOA, CLAUDIA QUEZADA, MÓNICA MARISTAIN, RODRIGO BAZAN BONFIL, SOFÍA DE LA MORA CAMPOS, OMAR DELGADO, YOLANDA DE LA TORRE, CARLOS ANAYA ROSIQUE, BÁRBARA SANTANA, GABRIELA NÁJERA Y FRANCISCO GOÑI. (2024)

Leer o no leer. ¡Ésa es la ilusión! Antología. Fondo Blanco Editorial, 284 pp.

Si hojean, pasan páginas, y ojean, pasan ojos, por este título tendrán una invitación para leer a personas que reflexionan

y leen cuestiones sobre la lectura. Son lecturas sobre la lectura en tiempos que no interesa la lectura.

Leer es abrir puertas a la imaginación, viajar a otros mundos, ejercitar nuestro cerebro, liberarse de tiranías; no aburrirse, no estar solos, no perder el tiempo. Por siglos hemos escuchado eso, nos hemos tratado de convencer que sólo las personas virtuosas leen cosas interesantes y de buen gusto y viven con una sonrisa frente a los libros abiertos. Sin embargo, es posible leer por gusto, sin propósitos.

Los carteles de las ferias del libro llevan caras afables y satisfechas y muestran a los libros como amigos y, en muchas ocasiones, como mascotas en escenarios soleados y acaramelados. Se toman imágenes oníricas de lectores reclinados en asientos bajo una protectora ventana mientras afuera llueve, sobre el tronco de un encorvado árbol en días de fulgor o entre los pasillos de una colmada biblioteca. Sin embargo, el lector verdadero no proyecta una noble silueta de lectura que pueda ser publicitaria. Además de leer por obligación, revisar textos ajenos, aunque el tema no sea de su agrado, los académicos, escritores y profesionales del libro, cuando escogen sus lecturas, las hacen en el transporte público, sobre pilas de papeles y salas de espera.

También se cree que todos los profesionales del libro son altruistas, que sesenta minutos de sus horas se la pasan leyendo y que saben todo de todos los autores. Para muchos son los fervorosos defensores de la cultura y los derechos de autor. Se imaginan que son respetuosos, confiables y risueños. Muchos son, en efecto, personas encantadoras y apreciables, pero con los años uno va encontrando escritores que no escriben, editores que no leen, correctores hastiados, diseñadores petulantes, impresores tristes y libreros irascibles.

Esos son mitos. La lectura no sólo es algo espinoso, problemático y, a veces, desolador. Produce satisfacción, sí, porque de vez en cuando se encuentran frases o pasajes que revolucionan la mente, que admiramos hasta la envidia y que nos hacen sentir hondamente agradecidos. La lectura es adictiva, pero ni es fácil ni es siempre feliz.

En *Leer o no leer*, 13 autores examinan, de manera breve y relajada, diversos mitos sobre la lectura. Convocados por Cisnette Lizneros, son académicos, escritores, periodistas, editores, librereros y gestores culturales, algunos de ellos con varias etiquetas en las alforjas.

Así, se examinan mitos como el de que leer libros es la máxima expresión de la buena lectura, siendo que existen varias formas y medios de lectura; que los mexicanos no leen, porque las mediciones tienen sesgos; que los jóvenes no son lectores, lo que choca con expresiones como las que promueven booktubers, booktagamanners y bookstkers; que podemos fabricar lectores, pero no hemos encontrado alguna fórmula para eso; que el libro muere, pero advertimos que se transforma; o que es posible un diálogo enriquecedor entre los medios que hace, por ejemplo, que pueda disfrutarse de distinto modo *La historia interminable*, el libro y la película. Hay otros mitos: la lectura es para solitarios e inadaptados, la idea de alcanzar una sociedad lectora, la lectura como actividad aburrida, el alto costo de la lectura y la recurrente promoción de la lectura.

Rosely Quijano León, en “Ángeles y demonios de la lectura” nos dice que “se habla siempre de las bondades y deleites de la lectura, pero casi nadie habla del daño, de la herida, del despojo que causa leer”. Carlos René Padilla, en “Una bitácora para la inmortalidad”, considera un acto de amor dejar una biblioteca como herencia para su hija y que cuando él y su esposa sean un recuerdo “se encuentre con nosotros ahí metidos, agazapados, durmiendo entre todos esos ejemplares a la espera de que acuda a visitarnos”. “Leer en un vehículo en movimiento hace daño” es el título del texto de Claudia Quezada que es su historia de vida, en la que cuenta que cuando le operaron los ojos y durante la pandemia pudo leer escuchando grabaciones de libros leídos por desconocidos.

Mónica Maristain tituló a su intervención como una pregunta: “¿Qué dirá de todo esto la inteligencia artificial?”, en ella hila acontecimientos que considera inservibles sobre lecturas de cultura de la cancelación, precarización laboral, enamoramientos y pérdidas y libros cada vez más caros. Maristain se describe: “Vivo en un mundo literario y cuando alguien dice que no cree en los libros... lo imagino como un ser que castiga a los esclavos con un látigo”.

Un ejercicio de exploración de la identidad del cuerpo textual de los universitarios, su experiencia lectora y escritural, es el que propone Sofía de la Mora Campos en “Primera persona del singular: figura en la historia lectora”. Así, nos ofrece un muestrario de trabajos del Taller de Lectura, Escritura y Oralidad (LEO) de la Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco.

Tenemos autores que toman posición ante la cultura lectora, que ven por su utilidad. “Al final del día, los libros son como catedrales: no pasa nada si te quedas fuera, pero la luz que cruza el ventanal sólo se ve de adentro”, dice Rodrigo Bazán Bonfil en “Cine, libros y ser profesor”. “Juntos podemos crear una sociedad más culta, crítica y solidaria a través de la lectura”, pregonaba Carlos Anaya Rosique.

Otros autores simplemente buscan la lectura por la lectura. “Debemos trabajar para romper con la idea de que la lectura literaria es una actividad que nos hace mejores y más sabios que el resto de la

humanidad y considerarla una más de las opciones de entretenimiento que existen”, concluye Omar Delgado en “De regreso a Fantasía”. “Leer, pues, debe ser desorden, seducción, caos que paulatinamente encuentra el orden; debe ser verdad y mentira, agitación, poder y, sobre todo, llamado a lo desconocido y alborozo por el descubrimiento”, señala Yolanda de la Torre en “La risa o cómo no morir de aburrimiento al leer en clase”. Hay esperanza para quienes queremos dejar de escuchar a la absurda policía lectora y a la élite cultural, y derribar los muros que impiden que nuevos lectores y lectoras se sumen a esta comunidad de viajeros”, advierte Bárbara Santana en “La única y verdadera forma de leer”. “¿No es lógico que el mensaje de promoción de la lectura no tenga el efecto deseado si muchas veces va de la mano de juicios y arrogancia?”, cuestiona Gabriela Nájera en “Entre el ChatGPT y los mamadores literarios”. “Dicen que al ser librero, de alguna manera, debes vender tu alma, compartir los elementos de tu espíritu y contar con paciencia infinita, porque supone procesos, búsquedas, abandonos y adopciones”, se confiesa Francisco Goñi en “Lectura y suicidio”. “Respiramos libros para evitar languidecer”, arenga Camilo Ayala Ochoa en “Pavesas de lectura”.

Se trata de romper mitos como el de la transformación positiva del ser humano a través de la lectura. Grandes lectores fueron sociópatas homicidas como Adolfo Hitler, Augusto Pinochet y Fidel Castro. Se han escrito libros que enaltecen la muerte, incitan el suicidio, provocan sufrimiento o temor. También se ha escuchado hablar de libros prohibidos y condenados. *Ulises*, de James Joyce, estuvo vetado en Reino Unido entre 1922 y 1936. No es posible vender *Los versos satánicos*, de Salman Rushdie, en la India, Pakistán, Egipto, Arabia Saudita y Sudáfrica. En 2022 Rushdie fue atacado violentamente, como lo han sido algunos traductores, uno de ellos asesinado.

También hay libros malditos, letras terribles escritas con hiel y con maldad, que producen locura. El *Liber Vaccae* es una supuesta traducción de un manuscrito árabe, el *Kitab an-nawamis*, que se supone preservó enseñanzas de Galeno y de Platón. Se trata de un recetario para la adivinación, la invisibilidad, la transformación, el dominio del viento y las nubes y la creación de seres híbridos, como un humanoide cocinado a partir de una vaca, de allí su extraña denominación. Es el grimorio fuente de otros grimorios y de cuadernos mágicos, clavículas, lunarios, tratados de magia, libros de conjuros, libros de suertes y libros de secretos.

La gente de libros lee y se lamenta que no se lea, que no haya más lectores porque la lectura es dialógica, porque el lector busca semejantes. En la colección de frases sobre la lectura que se le solicitó a Camilo Ayala Ochoa para la librería Jaime García Terrés de la UNAM, cuando ésta se remodeló, se incluyó: “Leemos para saber que no estamos solos”, que William Nicholson puso en su guion de *Tierra de penumbras*. Nicholson tiene una película *Regreso a Hop Gap*, también titulada *Las cosas que no te conté*. Se trata del fin de un matrimonio en el que ella es amante de la poesía, tiene un libro y llega a decirle a ese libro: “Yo he estado aquí”. Es una cita del poema *Luz repentina* del poeta y pintor inglés decimonónico Dante Gabriel Rossetti, que comienza así: “Yo estuve aquí antes / no sé decir cómo y cuándo”. La mejor lectura, la que habla a nuestro ser interior, tiene esa familiaridad, es un *déjà vu*, nos regresa a donde no hemos estado, nos repite lo que nunca sentimos, y nos identificamos con eso. También es lo contrario, releer es el *jamaís vu*, esa sensación de ver como innovación lo que nos es familiar. Es leer lo que ya se leyó y leer como nuevo lo que ya se leyó.

Leer o no leer: ¡Esa es la ilusión!, es un título parafraseado del soliloquio de la escena primera del acto tercero de Hamlet de Shakespeare. Podemos extender la cita: “Ser o no ser, esa es la cuestión. ¿Cuál es más digna acción del ánimo, sufrir los tiros penetrantes de la fortuna injusta, o

tomar las armas contra este torrente de calamidades, y darlas fin con atrevida resistencia? Morir es dormir. ¿No más? ¿Y por un sueño, diremos, las aflicciones se acabaron y los dolores sin número, patrimonio de nuestra débil naturaleza?... Este es un término que deberíamos solicitar con ansia. Morir es dormir... y tal vez soñar.”

El propio Shakespeare, en *La tempestad*, nos dice que estamos hechos de la misma materia que los sueños. Vino Calderón de la Barca a decirnos que la vida es sueño y los sueños, sueños son. En el siglo XIX, al contrario, vimos al sueño como enemigo o como falacia. Chateaubriand, el autor de *Memorias de ultratumba*, dijo que el sueño devora la existencia; Goya que el sueño de la razón produce monstruos; y Edgar Allan Poe que “Todo aquello que vemos o nos parece ver no es más que un sueño dentro de otro sueño”. Hay que reponer el sueño, recuperar la lectura. Entre el leer o no leer, entre el soñar o no soñar, es verdad que está la cuestión. ■

CAMILO AYALA OCHOA

Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, UNAM
camilum@libros.unam.mx

